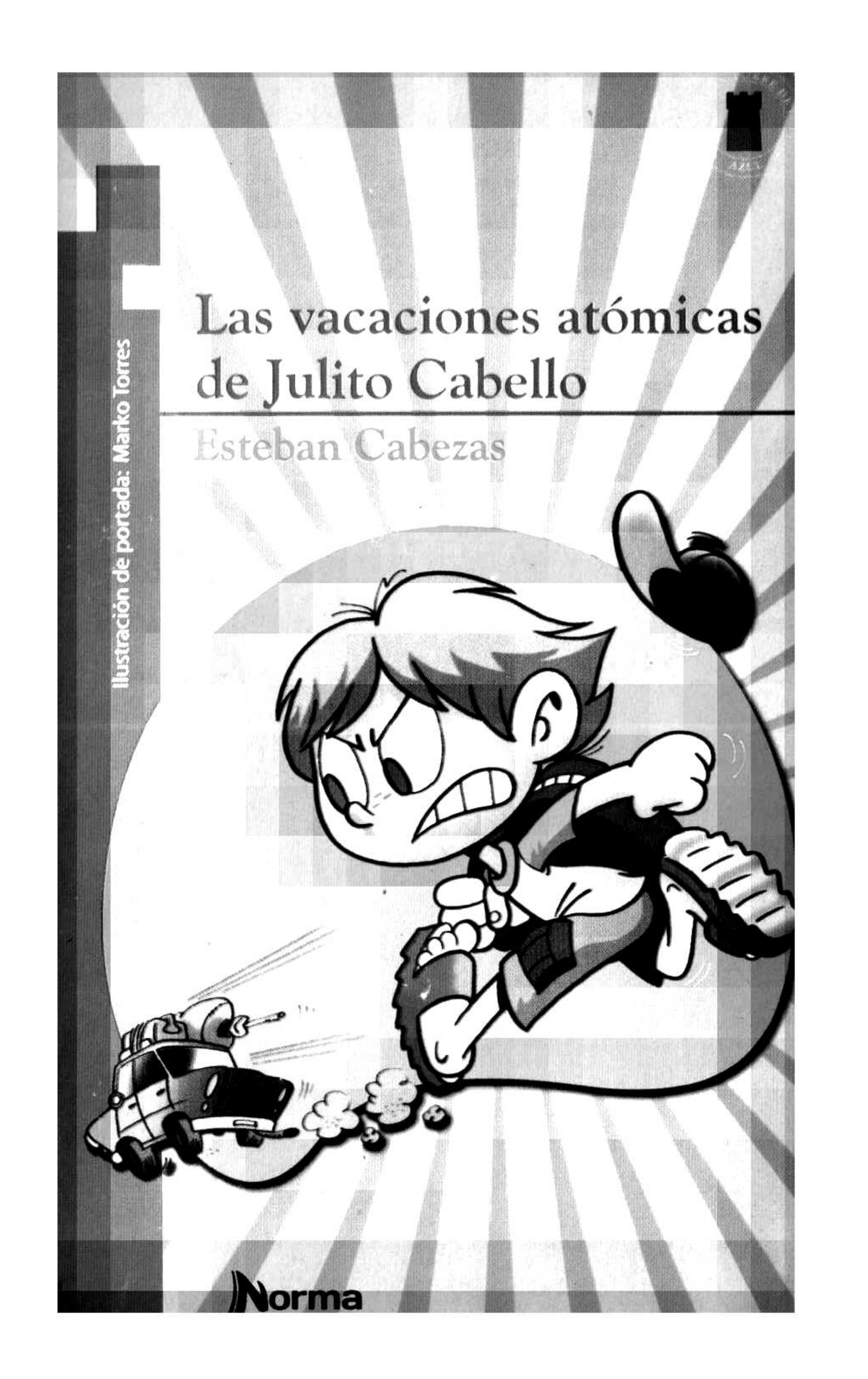


Las vacaciones atómicas
de Julito Cabello
Esteban Cabezas
Ilustración de portada: Marko Torres
Norma



Nuclear o atómico

Quienes me conocen (mi mejor amigo Aarón, mi nana Clementina, mi profe jefe y Moncho, el que vende cochinadas en el kiosco del colegio) saben que mi familia es una familia nuclear.

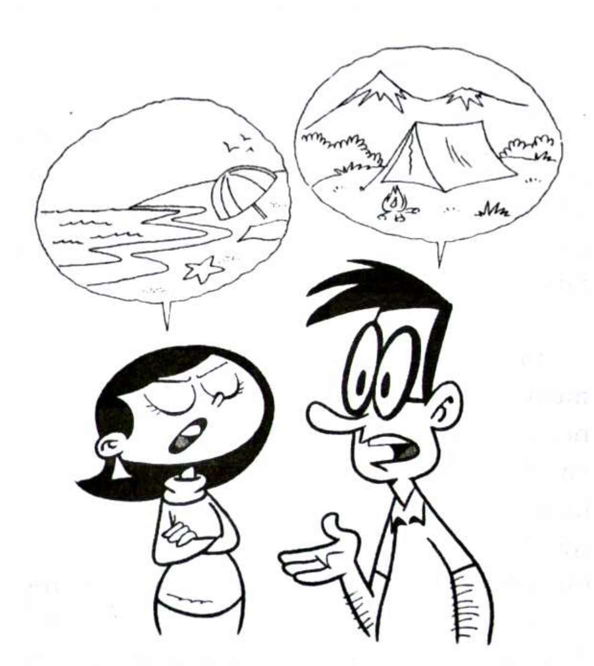
...

Ojo, no crean que explotamos, que comemos uranio o que somos tóxicos. No, no, no. Una familia nuclear tiene un papá (Julito papá), una mamá (Rosa mamá), un hijo (yo, lindo precioso) y a veces otro hijo por ahí (ya, mi hermano chico). También tenemos un hámster, por si acaso. Y somos nucleares, aunque no hemos hecho bum, porque cuando una familia estalla, y los papás se separan,

dejan de ser así una familia atómica (perdón, nuclear).

Una familia nuclear (y ya me estoy poniendo latero, pero no-me-im-por-ta) vive en la misma casa. Y su casa es un refugio nuclear (MENTIRA, cayeron).

No, no, no. Nada de refugio subterráneo ni de máscaras antirradiación. Pero lo que sí es cierto es que una familia nuclear siempre puede explotar. Como, por ejemplo, cuando la mamá nuclear quiere ir a la playa de vacaciones y el papá nuclear desea ir al campo.

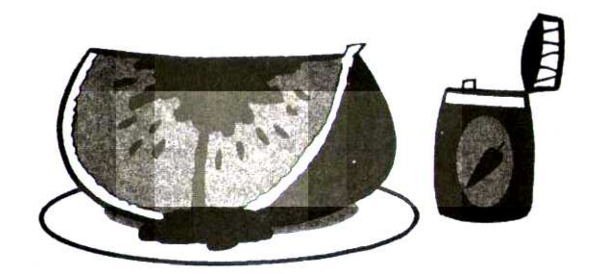


¿Han escuchado esa discusión alguna vez?

A una le carga dormir en carpa, los zancudos, las vacas y el polvo. Al otro le molesta echarse bloqueador todo el día, aparte de tener que comer pescado, pescado y pescado. Y machas a la parmesana (esas con queso, que son como minipizzas con concha).

Entonces, para que entiendan, en esta ocasión mi casa sí está a punto de explotar. Porque se acabó el colegio y nos vamos de vacaciones; no sabemos a dónde aún.

Pero hay algo singular en esta situación, porque esto no se reduce sólo a la pura lucha libre del papá versus la mamá. Ella, que es muy dulce y linda, anda convertida estos días en algo extraño. Como un troll (pero bonito, eso sí). Le cambia el buen humor y se le pone pésimo de repente. También se queda dormida cuando estamos viendo una película. Y, lo más raro de todo, es que la otra noche se despertó y le pidió a mi papá una sandía con ají. Raro (mi palabra favorita).



Y mi papá, que es crítico de restaurantes, cree que mi mamá está poseída por el espíritu de una mexicana (porque comen cosas así, que parecen ensalada + postre). Además, el otro día pidió pizza y le echó mermelada de durazno. ¡Aj! Y un día después andaba comiendo ketchup con azúcar. Doble aj.

Y eso que ella es súper-sana-vegetariana, por lo que no entendemos nada de esta cosa enigmática y misteriosa. Nada de nada, aunque la solución salió de la nada también. Y la dio el hámster-niño-Beltrán (porque se cree hámster, y tiene el cerebro de uno, ¡ja, ja, ja!).

Estaban mis papás en la cocina, desayunando mientras decían "playa", "campo", "playa", "campo", cuando el Beltrán entró al terreno de combate, se quedó paralelo, puso cara de estatua y todos guardamos silencio para ver qué hacía. Entonces, el chicoco avanzó hacia mi mamá, le levantó el pijama un poco, le puso la oreja en la guata y dijo:

—Mamá, te suena. Y no es un pun.

Eso.

Eso era.

A mi papá se le abrió la boca entera (le vi hasta las tapaduras). Y mi mamá se sonrió de una forma que nunca, nunca le había visto. Estaba súper linda.

Entonces, se acabó absolutamente la pelea. El asunto estaba resuelto. Iríamos a la playa los cinco.

Los CINCO.

(Y para el que no entendió este magnífico pedazo de poesía, mi mamá estaba em-ba-ra-zada. O sea: yo = 1, Beltrán = 2, Papá = 3, Mamá = 4 y LA GUAGUA ESA QUE ESTABA EN LA GUATA DE MI MAMÁ = 5).



Vamos de paseo largo

Hagamos un poco de memoria antes de ponernos las hawaianas para irnos a la playa.

Yo, Julito, el protagonista (típica pregunta de prueba: ¿quién es el protagonista del libro?), terminé bien el colegio. Raspando, pero en azul. Mi hermanito Beltrán finalizó bien también en su jardín Jilguerillo (suena bonito eso: bien también). En el acto final se disfrazó de loro en peligro de extinción, hasta que llegó un cazador malo y lo extinguió. Les juraría que las tías del jardín lloraban desconsoladas con este acto teatral. Y es que además son muy ecológicas y biodegradables ellas.

Mi papá, siguiendo con esta descripción,

continúa realizando críticas de restaurantes. Eso quiere decir: escoge, va, come como chancho, toma apuntes (o graba), escribe, les pone nota de 1 a 7 tenedores y lo publican en su diario.

¡Y le pagan por eso!

Increíble, pero cierto.

Mi mamá también es periodista, pero ella escribe sobre flores y acaba de publicar un libro. Y le ha ido súper bien. Hasta fue a la tele a hablar de flores hembra y flores macho. Aunque fue a un matinal, como a las 7 de la mañana, estaba oscuro y yo creo que todos los telespectadores estaban Z. Es que parece que las flores no tienen mucho rating.

¿Se imaginan un reality de flores?

Cric-cric.

¿Amenazada sin riego?

¿Lanzada al foso de las babosas?

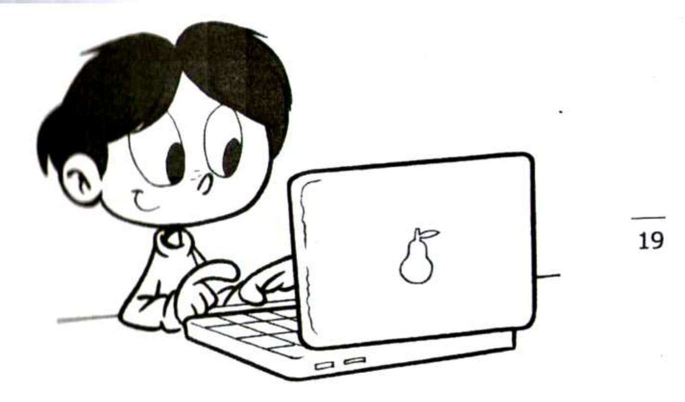
¿Castigada sin abono?

Cric, cric, CRIC.

Bueno. Esos somos y aquí estamos, listos para hacer las maletas y partir al eterno sol veraniego. Y yo, que me cuesta contarlo, sigo en contacto vía internet con Andrea, la única niña que me ha tratado de perno y bobo, porque, bueno, fui perno y bobo con ella. La cosa es que seguimos en contacto "virtualmente", aunque ella está lejos, lejos, en Argentina.

Snif.

Ya me puse chulo.



Entonces, ésa es la descripción de los tripulantes de la nave, nuestro cacharro modelo siglo XX, gigante y viejo, en el que nos iremos cuatro terrícolas y un infiltrado en la guata de mi mamá.

El alien ese.

En el "living con ruedas"

Oh, la playa.

Hay quienes la aman. Hay quienes la odian.

Los primeros (mi mamá) prefieren la arena (porque no hay bordes duros: el Beltrán), el mar (porque así me baño todos los días) y el pescado (porque hay menos guata: mi papá).

Los segundos (mi papá) odian las multitudes (y que no haya estacionamientos), el sol (porque alguien termina rojo como jaiba: él) y el ruido (¡oh!, la juventud y sus carretes).

Pero esta vez ganó mi mamá. Sin discusión. Ella y ese porcentaje de la familia que lleva dentro.

El más cachudo de todos con esto es el Bel-

trán.

Obvio, porque viene en camino alguien que le quitará el trono.

Buajuajuá (risa siniestra).

Y aunque eso no lo tiene tan claro, algún sexto sentido infantil le está diciendo en este instante: "Ya no serás el bebé de mamá".

¡Qué duro!

Y no es que haya sido así para mí cuando apareció en escena el niño-hámster en MI familia. O, por lo menos, no lo recuerdo.

¿O habrá sido tan traumático que lo oculté en lo más profundo de mi inconsciente?

No sé. Tal vez me diga eso un sicólogo como en veinte años más.

Ya me deprimí. Cambiemos de tema.

La cosa es que partimos a la famosa playa en nuestro auto viejo, más conocido como el "living con ruedas". Porque es grande y está tapizado como si los asientos fueran muebles de una casa (de una casa rancia y vieja). Sólo como ejemplo: el auto de mi papá tiene toca-casete.

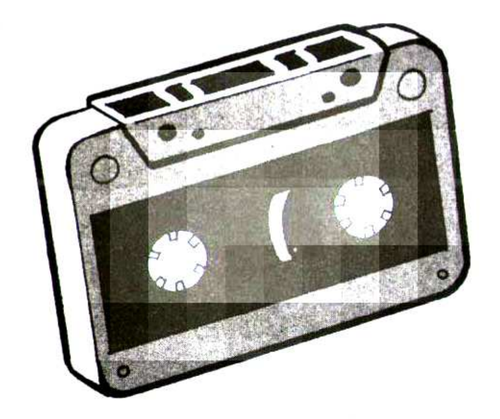
Pregúntele a su profe de historia qué es un casete. ¿Ok?

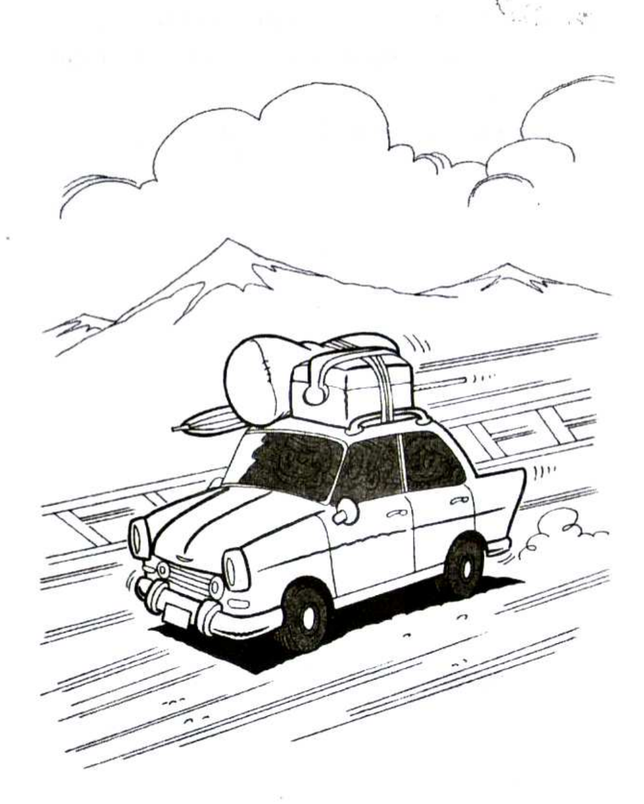
Entonces, todos íbamos con montones de maletas, bolsos y juguetes (Beltrán) camino al mar. Mi mamá dormía y roncaba, porque no para de dormir y roncar. Mi papá intentaba poner cara de feliz, pero no le resultaba mucho. Y el Beltrán y yo íbamos atrás con nuestros cinturones de seguridad puestos (¡ojo!, éste es un CONSEJO EDUCATIVO).

Todos en dirección a una casa que mis papás habían arrendado por internet. Suena lindo, pero creo que será un desastre.

Es que las historias felices son muy fomes, ¿no creen?

Por eso, ya viene el desastre...





La voz de los ochenta

A los diez minutos de ir en auto, el Beltrán comenzó a preguntar: "Papá, ¿cuánto falta para llegar?".

Mi papito, paciente, comenzó con la verdad: "Como una hora y media, Beltrán".

Tres minutos después, la misma pregunta: "¿Cuánto falta para llegar?".

-Como una hora veintisiete minutos.

Dos minutos después.

-Como una hora veinticinco, hijo.

Y así, hasta que a partir de "falta una hora", mi papá comenzó con: "Falta lo que falte", "no sé", "mira la vaquita", "se me olvidó", y todo tipo de respuestas que dejaban en claro que ya estaba chato.

Hasta que indicó: "¿Por qué no le preguntas a Julito mejor?".

Y yo, que no sé mentir (¡ja!), dije: "Falta mucho, hermanito mío", razón por la cual mi papá no volvió a esquivar su responsabilidad.

Y como mi mamá sólo podía decir Z-Z-Z, mi padre optó por prender la radio y buscar lo que fuera. El problema es que en la playa, y cerca de ella, no hay muchas radios. Y las pocas que existen tocan músicas algo distintas. Como rancheras (esa onda mexicana, con acordeón y gritos tipo "ayayayaiiiiiii"). Y mi pequeño hermano (y esto no se los había contado) anda en onda rock.

¿Un niño chico onda rock?

Bueno, para él, el rock es cualquier cosa con batería y guitarra eléctrica. Y si escucha una guitarra eléctrica, hace como que la toca y se pone a bailar. Y afirma: "Soy rockista".

Y como a mi mamá le da risa que diga



"rockista", no lo corrige. Y eso que la labor de los padres es educarnos.

Mala cosa.

Y todo para creer que su hijo, mi hermano, sigue siendo "el niño pequeño que habla como guagua". ¡Agú, agú!

Vaya, vaya.

Pero bueno. El tema es que las rancheras no son "rockistas", por lo que Beltrán pidió cambio de radio. Y salió una en que cantaban "Aleluya". Y Beltrán señaló que no era "rockista". Y cambio. Y cambio. Hasta que dijo: "Ésa sí".

Justo era una canción prehistórica que decía algo de la fuerza y la voz de los ochenta, años en que mi papá era un joven fósil. Y después siguieron otras canciones del mismo grupo. Y mi papá se las sabía todas, enteras. Y el Beltrán hacía como que cantaba con él y que tocaba además una batería imaginaria (jura).

Y así llegamos a la playa, con mi papá sintiéndose adolescente de nuevo. Y eso que iba a ser padre por tercera vez.

Raro.

¿Habrá sido un extraño mensaje del futuro advirtiéndonos lo que iba a pasar después?

¡Tatatatán!

"Suspenso" es mi segundo nombre (mentira, es Adolfo, pero me carga).

Desembarco en "Ranciolandia"

Creo que me estoy poniendo un poco denso, y eso que estoy de vacaciones. Mejor me olvido de todo y no pienso.

...

¿Quién soy?

¿Cómo me llamo?

¿Qué quiero?

¿Dónde me pongo?

Ya.

Broma.

Es que esto de perder conexión con la realidad real es imposible, porque Julito Detective nunca descansa, y por eso nunca tiene vacaciones.

No os preocupéis.

Entonces, como iba contando, llegamos a la playa y mi mamá, sin que le dijéramos nada de nada, se despertó justo cuando nos estacionamos.

–Ya. Todos tienen que ayudar. Hay que poner las sábanas. Hay que abrir las ventanas. Hay que echar veneno contra las arañas. Que todos ayuden, porque me canso mucho. ¿Entendieron? ¿Entendieron todos?

¡Uf!

Más claro imposible.

Hasta el Beltrán ayudó a bajar maletas (sus juguetes), algo que nunca hace. A mí me tocó pasar la escoba (algo que nunca hago), a mi papá limpiar la cocina (algo que nunca hace), mientras mi mamá se iba al baño a vomitar (algo que nunca hacía).

Pero antes de seguir con la enumeración de los detalles, debo describir el paisaje en el que nos movíamos. La casa en que nos alojábamos era de palo y piedra. Era como si los chanchitos dos y tres hubieran hecho una sociedad constructora (sin el chanchito uno, el de la casa de paja). No era una casa fea, pero tampoco era linda. Era más bien rara, porque los libros eran viejos, las revistas viejas y los cuadros antiguos (o sea, viejos). Pero no era una casa fea. Era vieja nomás, como una abuela.

E insisto, como mis dos abuelas, Julia y Porfidia, que huelen a antiguo, pero que no huelen mal. O sea, viejo no es feo.

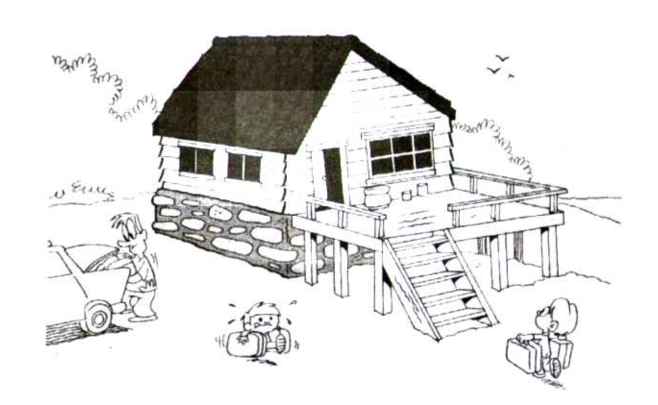
¡¡¡Entendieron de una buena vez!!!

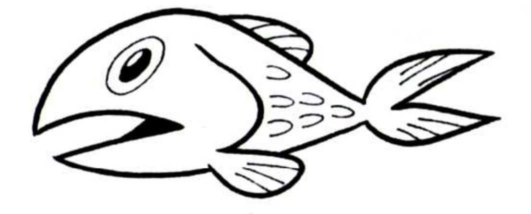
Y allí estábamos los Cabello, ordenando la que iba a ser nuestra casa por dos semanas.

Dos extrañas y largas semanas.

Y sigamos con el misterio.







Encuentros cercanos al pescado

Si me lo cuentan, no lo creo.

En serio.

Apenas desembarcamos, mis papás se dijeron: "¿Qué almorzamos?".

Entonces, mi papá –enviado por mi mamá– fue a comprar pescado con una cara larga de "soy el rey Luis XVI y voy directo a que me corten la cabeza" (chiste rancio, pero histórico-educativo), aunque volvió bien rápido con la cabeza bien puesta y con todos sus dientes en forma de sonrisa.

Parecía aviso de pasta de dientes.

Raro, raro.

Y mi mamá, que tiene un radar increíble, hizo su primera pregunta de sondeo para en-

tender qué andaba mal.

–Julio, ¿tan bueno estaba el pescado?

Y mi papá, mostrando todos sus incisivos, premolares y demases, dijo:

–Sí, pero lo más bueno es que me encontré con alguien en la pescadería.

–¿Con el capitán Ahab, el que quiso cazar a Moby Dick? (humor culto = FOME).

–No, mi amor (dijo él, ni pescando la ironía acuática literaria de mi mamá). En la pescadería estaban unos amigos que no veía hace mucho, mucho tiempo. Uno del colegio, el Salfate, y otro de la universidad, Moreno. Y también estaba otro, que tiene nombre de calle, Antonio Varas. Jamás imaginé que fuera a encontrármelos de nuevo. Pero los vi y fue como si hubiéramos dejado de vernos ayer nomás. Fue increíble. Y los invité a un asado. Espero que no te moleste.

Y ahí vi a mi mamá, que parece estar marcando territorio por esto del embarazo (Animal Planet), pensando qué responder. Pero me di cuenta de que su cálculo fue que igual necesitaba al macho alfa (mi papá) a su lado, por lo que dijo:

–Ah.

–¿Te molesta?

–Cómo se te ocurre...

–Eso pensé. Ya. Vienen en la tarde, así que pondré la parrilla para hacer unas carnes.

–¿Y el pescado?

–Ya lo metí a congelar. Es que me conseguí unos costillares y unas longanizas espectaculares. ¡Ah, un asado! Como en los viejos tiempos.

¿Los de las cavernas?, me pregunto yo.

¡Ja!

Al final, no sé si mi mamá quedó muy feliz con la noticia del asado. Pero como ella pensaba que la playa iba a deprimir a mi papá, tal vez esté transando por el bien de la familia nuclear.

Creo yo.

Aunque puedo estar equivocado y ¡kabum!

Y puros pedacitos.

O a lo mejor está esperando el momento preciso para dar un golpe terminal, eliminar a los amigos de mi papá, enterrarlos como abono, agarrar al Beltrán y a mí y llevarnos lejos, lejos, mientras mi papá hace su asado solo, sin nadie, rodeado de tumbas con sus amigos convertidos en nuggets de pollo (bueno, nuggets de humano).

¿No creen que estoy viendo demasiadas películas del cable, de esas para mayores?

No es por echarme al agua, pero creo que sí.

Pero NADIE lo sabe.

Bueno. Al final, mi mamá empezó a preocuparse de hacer alguna ensalada para que el grupo de antiguos escolares comiera algún porcentaje de fibra. Es que están viejos y tie-

nen el colesterol malo.

¿Que cómo sé eso?

Es que los mayores no hablan de otra cosa. Cada vez que muerden o mastican, comienzan a catalogar: "Esto es colesterol bueno" o "esto es colesterol malo". Y yo no tengo ni idea de qué es el colesterol, pero parece que es algo que DOMINA sus vidas.

Es como el poder de las cartas, creo. Si tienes mucho colesterol, no le ganas a nadie (aunque el doctor gana ene plata). Si tienes el colesterol bueno, eres como una carta que le gana a todo.

Parece una explicación algo nerd, pero creo que se entiende. Y si no la entienden, es bien sencillo: colesterol es grasa, guata y kilos. O sea, es lo que tienen en abundancia (parece) los amigos viejos de mi papá (que se cree "lolo" de nuevo).

Lolo: "joven" en lenguaje jurásico.

El carrete jurásico

El sol cae y atardece en la playa. Mi papá está prendiendo el carbón y silba como si fuera pájaro. Mi hermano chico anda dando vueltas, intentando silbar también. Pero no le sale. Es como un globo desinflándose. Yo, mientras tanto, observo la situación con ojos científicos investigativos.

Mi mamá lava tranquilamente unas lechugas y se ve cero alterada. Beltrán sigue silbando (jura) y mi papá sigue soplando el carbón.

Lechuga. Silbido. Soplido. Lechuga. Silbido. Soplido. Lechuga. Silbido. Soplido.

Era una verdadera sinfonía nuclear, hasta que desde la calle se escuchó un grito.

–¡Ya pues, Cabello, ábrenos la puerta!

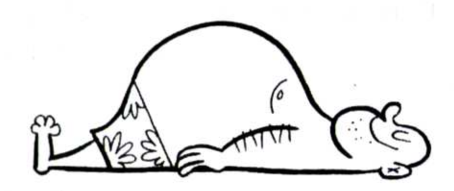


Mi papá saltó y se fue corriendo a la puerta. Desapareció de nuestra vista para llegar junto a sus "amiguitos" de la antigüedad antigua. Y ahí estaban.

Tres.

Los tres con cara de flacos, pero con una guata bién redonda.

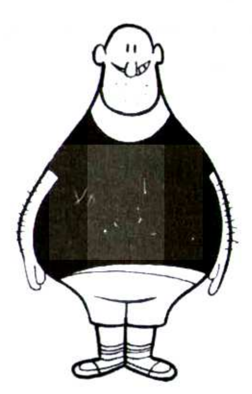
Algo así como si estuvieran echados en la playa tomando sol:



¿O eso se parece a un sombrero?

¿O a una serpiente que se comió a un elefante?

Mejor parados:



Eso está mejor, aunque se parece a un lápiz de esos con corrector para arreglar el cuaderno.

Aunque lo que ellos tienen adentro de la curva es pura comida (y cerveza, ¡ja, ja, ja!).

Y lo más raro es que apenas se vieron, se palmotearon las espaldas y se dieron golpes entre ellos, justo en las guatas.

¿Será un saludo tribal?

–¡Qué sanito que estás! –dijo uno.

–Es la curva de la felicidad –señaló otro.

–Son sólo unos litros de más –fue la frase del tercero.

Y así siguieron, mirándose entre ellos las guatas, la pelada ("¡oye, se te deshilachó la nuca!, ¡ja, ja, ja!") y las arrugas (muchas).

Y harto abrazo con golpeteos y mucho ¡ja, ja, ja!

Todo esto mientras mi mamá, el Beltrán y yo parecíamos pintados, en silencio y mirando este show geriátrico.

Entonces se dieron cuenta y comenzaron los saludos para nosotros.

–Rosa, ¡pero qué linda estás!

–¿Éste es Beltrán? Está gigante. Yo lo tuve en mis brazos cuando era así de chico –gesto de tamaño tipo mascota.

–¿Y éste es Julito? Es igual a ti, Julio, pero más flaco, ¡ja, ja, ja!

Nos apretujaron e investigaron enteros, mientras mi mamá tomaba las chaquetas y mi papá los llevaba al lado del fuego.

Para que recordaran los tiempos de la tribu, creo. Cuando estudiaban cacería de mamuts en el colegio rupestre.

Describiendo a los viejomones

Antes de continuar, creo necesaria una descripción de los sujetos.

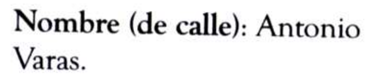
Algo así como en las cartas.



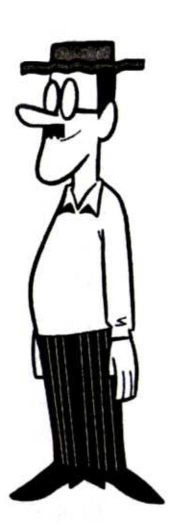
Nombre: Salfate.
Poder: Golpe de guata.
Aspecto: Casi pelado, bueno para la risa, con una polera de animación japonesa.
Enemigo: Las ensaladas.
Energía: El asado, el manjar y las películas de terror homoglobínicas y cortopunzantes (de más que sí, si le gusta el manga).



Nombre: Moreno.
Poder: Es menos guatón, pero es súper grande. Si me aplasta, quedo planito.
Aspecto: Tiene más chasca, pero se le cayó el pelo de la nuca. Tiene barba de pirata.
Enemigo: La peladez y la fuerza de gravedad (por la caída del pelo, chiste fome).
Energía: Yo creo que debe usar de esos remedios para que le dure más la peluca.



Nombre (de calle): Antonio Varas.



Poder: Pucha que habla. No lo para nadie. Yo creo que te puede dormir hablando.
Aspecto: Tiene cara de flaco, pero anda con la camisa tirante. Es como serio y muy señor (añejo) para vestirse. Le falta el puro bastón.
Enemigo: Yo creo que nació viejo, así que le deben cargar las cosas modernas. Seguro que tiene un celular que sólo sirve para hablar.
Energía: Libros de historia y películas en blanco y negro.

Así son los amigos de mi papá.

¡Qué duro!

Me los imagino en el patio de su colegio (en blanco y negro), sin jugar a la pelota, hablando todo el rato.

Igualito que ahora, que están discutiendo sobre series antiguas de la televisión.

–Yo estaba enamorado de la Mujer Maravilla.

–Y yo de la Mujer Biónica.

–No les creo. Mucha fantasía. A mí me gustaba la niña de trenzas de la "Pequeña Casa en la Pradera".

–Muy chica. Yo me quedo con su hermana, que hacía de ciega.

¿Qué es esto? ¿Una clase de paleo-televisión? Por suerte ahora hay internet. Apenas pueda voy a buscar a esas "chiquillas" (aunque ahora deben ser unas viejas chuñuscas de arrugadas... o tirantitas con bótox).

Esto es como un viaje nerd en el tiempo.

Aunque viendo el lado positivo de todo esto, creo, en el fondo de mi ser, que si las clases de historia fueran así, lo aprenderíamos todo mucho mejor. Viendo cómo era realmente la antigüedad vieja del pasado.

Y hasta con Antonio Varas.

Sólo nos falta Manuel Montt (chiste con mapa, y de Santiago).

Tuto todos

Ya les conté cómo partió la escena histórica. Y si no les cuento cómo terminó, es porque me fui a acostar como a las doce de la noche.

Y seguían hablando. Bla-bla-bla.

Y se reían. ¡Ja, ja, ja! Y bla-bla-bla, ¡ja, ja, ja! Y mientras tanto, el Beltrán roncaba Z-Z-Z y mi mamá al lado, igual: Z-Z-Z. Hasta que desperté a mi mamá para que se fuera a su cama (y acostara al Beltrán) y para no subir solito al segundo piso (me da susto, lo asumo. ¿Ok? Soy NIÑO aún).

Mi mamá, absolutamente zombi, agarró al Beltrán, le puso pijama y lo acostó en su cama. Ella, con los ojos como japonesa, fue

caminando semidespierta hasta el baño (con pasitos como de geisha). Y salió media hora después (efecto dramático, nunca tanto) con pijama y olor a pasta de dientes. Y se acostó también.

Y yo, que escuchaba al Parque Jurásico divirtiéndose de lo lindo en el patio, no podía dormir.

Bien encandalosos los personajes.

Y en medio de mi insomnio obligado, me imaginé que al crecer podría llegar a ser igual que mi papá y sus compañeros.

¡Brrrrr!

Pensé en el Aarón pelado y guatón y en mí, riéndome de chistes rancios y poniéndome la mano encima del ombligo.

Brrrr de nuevo.

Pero eso no va a ser posible, creo. Porque como el mundo está súper contaminado y con efecto invernadero, no podríamos hacer asados en el futuro.

¡Ja!

Salvado.

Amanecer caníbal

Al día siguiente, el patio parecía documental de tribu caníbal. Había un tremendo montón de puros huesos pelados. De más que los chuparon hasta no dejar nada de nada. Sin duda, son carnívoros. En cambio, allí estaba la ensalada de lechuga, brillante por el rocío matinal, enterita y sin tocar.

Después de ver este campo de batalla, empecé a buscar a mi papá en la casa. Y justo estaba en eso cuando paré la oreja.

Uno de los amigos de mi papá se había quedado a roncar. Perdón, a dormir, por lo que hacía dúo con mi progenitor.

Era como la partida de una carrera de motos (de esas viejas, de colección, pero quedán-



dose sin combustible y sin revisión técnica. O sea, silenciosas no eran).

Mi mamá, en cambio, canturreaba y limpiaba la cocina, con el Beltrán pegado a su espalda, como si fuera un koala.

–¿Mamita?

–¿Sí, Beltrán?

–¿Me quieres?

–Sí, Beltrán.

–¿Me quieres mucho?

–Sí, Beltrán.

–¿Me quieres más que a Julito?

¡ALARMA DE CRISIS MATERNO-FILIAL!

–Los quiero igual a los dos.

–Y a la guagua, que es más chica, ¿la quieres menos?

¡DOBLE ALARMA!

–No, mi amor, la quiero igual.

What?

Perdón, perdón, perdón, pero eso ni yo me lo creo. ¿Cómo va a amar a un guarisapo sin cara y sin-nombre–aún de igual forma y cantidad que a mí?

Mi mamá se creerá muy democrática, pero esto no es justo, creo yo. Hay derechos históricos, heredados por los años de antigüedad en esta empresa llamada familia.

Y el Beltrán, con la cara extraña que tenía, tampoco se lo creyó mucho.

Es que la semilla de una duda se había

plantado en el fértil territorio de su corazón.

Me pasé de poético.

¡Tiembla, Pablo Neruda!

El guatón Precio

Al rato aparecieron mi papá y el otro fósil. Era uno nuevo (un fósil nuevo = contradicción), que debe haber llegado de madrugada al festín, a morder puros huesos pelados.

–Hola, familia, les presento a otro amigo mío de mí: éste es el Guatón Price.

¿Price? ¿Se llama precio? Raro, porque ni gratis se lo llevan.

Y su carta sería así:

Nombre: Guatón Precio.
Poder: Ronquido súper volumétrico. Ataque de ombligo. Risa ensordecedora (de eso me enteré lueguito).
Aspecto: Ojos chinos de tanto reírse. Polera

apretada (pobre polera). Celular ultratecno súper top top top (inalámbrico, a energía solar y con secador de pelo y cortaúñas láser, seguro).
Enemigo: La lechuga. Y el brócoli (obvio).
Energía: Chistes viejos del Condorito.

Y allí estábamos los Cabello, con el Guatón Precio tomando desayuno junto a nosotros.

El niño-que-se-cree-hámster-llamado-Beltrán lo miraba muy desconfiado, hasta que Precio se le lanzó encima, muerto de la risa, le agarró un rollo, después lo tomó en sus brazos, a continuación lo dio vuelta como si estuvieran en Fantasilandia y ni pescó sus alegatos, lo dejó en el suelo y Beltrán –desde ese instante– tuvo un nuevo superhéroe: Guatamán o Superprecio.

Mientras tanto, mi papá mascaba silenciosamente una tostada, con una cara de sueño absoluto. Y tomaba café y café y más café.

Es que ser "joven" de nuevo no es fácil.

Yo creo que la gente no madura. La verdad verdadera es que se le acaban las pilas.

Y mi papá tampoco es el conejo rosado de Duracell.

Tejiendo espero

Después del desayuno y de que Precio se retirara, me di cuenta de algunos cambios en el hábitat. El primero es que mi mamá, al parecer, se puso "territorial". ¿Que qué es eso? ¿Se come? No. No. No. Es del cable. En los documentales siempre hablan de que las "hembras grávidas" (mujeres embarazadas en lenguaje normal) empiezan "a armar el nido" para recibir a este nuevo personaje que viene en camino.

Y mi mamá parece que comenzó no a armar, sino a tejer el nido.

No sé de dónde sacó lana en la playa (¿una oveja de vacaciones?), pero se puso a hacer una frazada gigante.

56

A tejer, tejer, tejer.

Como si hubiera que tejerle un chaleco a la casa entera (y hasta un guante gigante para la chimenea). Y mientras tanto, y con el ruido de los palillos de fondo, el Beltrán se iba al patio a rumiar su abandono, creo yo.

Anda raro mi hermano chico.

Como que siente que van a pedir cambio en el equipo. Y que él va saliendo directo a camarines, ni siquiera a la banca.

Pobre, porque yo sí sé que mis papás están fregados y que tienen que quererme igual. Creo yo, ¿no?

Y mientras que mi pequeño hermano anda dando vueltas por ahí, yo observo a mis papás. El que me dio el nombre sigue recuperándose para volver a encontrarse nuevamente (o viejamente) con sus amigos. Y a la que me dio la vida la veo tejiendo como lo hacía Penélope.

¿Penélope?

Ah, los pillé.

57

Franja cultural.

Penélope esperaba tejiendo al heroico Ulises, su maridito. Y *Ulises venía de vuelta de* comprar el pan (mentira: venía de la guerra en Troya, con la cuática del caballo de palo XXL, y todo eso) y se demoraba TANTO que Penélope se lo tejió todo.

Y si no entienden sobre qué trata esta obra de la antigüedad, pregúntenle al profe. O a la profe.

Y a los de historia. Porque los de educación física no cachan nada.

Aunque a lo mejor vieron la película, ¡ja!

Porque todos eran musculosos. De gimnasio griego.

Un día en Marte

Entonces, no llevamos ni dos días de vacaciones y la energía nuclear está haciendo efecto. Un efecto contrario (¿o ésa es la energía centrífuga?).

Y no es el efecto de juntar a la familia, sino el de la bomba nuclear. Esa que aún no explota, pero que hace como tictac (y nadie sabe si hay que cortar el alambre rojo o el azul).

Porque mi mamá está concentrada y mi papá distraído. O concentrado en ser menos jurásico. Dice "hola" y "chao" a cada rato, porque se junta con sus amigos (antes de extinguirse, es urgente parece).

Mientras tanto, mi mamá teje que teje, hace comida, ordena y sonríe. Tranquilita,

tranquilita.

Y el Beltrán, anda más raro aún. Como si se hubiera tomado una jarra de café súper cargado. Ni abre la boca. Mira para todos lados. Se esconde y se queda callado y mirando para todos lados.

Raro.

Raro, digo yo.

¿Será "la calma antes de la tempestad", como le dicen?



¡Quién sabe!, pero la verdad es que mis papás –concentrada ella y disperso él– andan en otra, mientras el más pequeño del grupo se transforma de niño-hámster en niño-almeja (metáfora costera para explicar que se va para adentro, que ni se expresa y que parece recubierto de una dura concha a modo de defensa frente a un medio ambiente familiar que le resulta hostil. Me agoté, ¡uf!).

Y bueno. Mientras tanto vamos a la playa, hacemos hoyitos, comemos pan de huevo (momificado), palmeras (secas), helados (derretidos), tomamos bebidas (calientes) y vemos el sol que se esconde. Luego nos vamos a esconder con él.

Pero en los últimos minutos de luz, justo cuando la playa parece un afiche chulo, todo se tiñe de rojo como un paisaje de otro planeta. Del planeta rojo.

Es que mi vida está muy marciana.

Dije "marciana"

Dije: "mi vida está muy marciana". ¿Escucharon? ¿Lo leyeron?

Porque es la pura verdad. Esto no se parece al planeta Tierra que conozco desde que era guagua (y usaba pañales, así que podía hacerme pipí, ¡ja!).

Al día siguiente fuimos de nuevo a la playa. Y estaba llena-llena-llena, como liquidación de multitienda en el día de aniversario del mall, con descuentos sobre descuentos y pago en 300 cuotas sin intereses. O sea, llena de verdad. Yo miraba al horizonte, con cara de inteligente (serio, pensativo), cuando Penélope (perdón, mi mamá) comenzó de repente a ponerse nerviosa.

Y era que no.

-¿Y el Beltrán? ¿Dónde está el Beltrán?

Mi papá andaba medio somnoliento (tras otra noche prehistórica de jarana. ¿Hasta cuándo?, digo yo), pero igual se levantó como un resorte.

-Julito, ¿has visto a tu hermano?

-No, papá.

Y de pronto mi papá y mi mamá se pusieron tiritones y a mirar a todas partes.

-Tú para allá, yo para acá -dijo mi mamá, y partieron en ambas direcciones de la playa.

Yo me quedé cuidando las toallas (y el tejido eterno), aparte de mirar para allá y para acá, para allá y para acá, como viendo un partido de tenis.

Entonces, mi séptimo sentido (mi sexto sentido es encontrar todas las monedas del vuelto que quedan por ahí) me dijo: "Julitooooo, mira para atrás".

Y yo que soy obediente, miré.

Y allí estaba Beltrán, sentado en la arena, al lado del kiosco en el que arriendan quitasoles. Parecía figura de cera (mala metáfora: estaría derretido).

Estaba quieto, mirando al horizonte.

Tranquilo, estático.

Les juro que me dio miedo.

-Beltrán, hermanito mío, ven para acá.

Entonces levantó la vista en mi dirección y como que se despertó. Se paró y caminó hacia mí, arrastrando las patas (es hámster) por la arena.

Me acuerdo y tirito. Era como en cámara rápida-lenta-lenta-rápida. Parecía película de terror japonesa (las peores).

Cuando llegó a mi lado, me miró directo a los ojos y dijo:

-Julito, ¿mi mamá me quiere?

Oh, my god!

Hay alguien que tendrá que gastar mucha plata en el sicólogo cuando sea más grande.

No yo.

Otro carrete fósil

Esa noche fue, nuevamente, onda trilobite. O de Amigosaurios Rex. Era como una noche en el museo. La casa se llenó con los amigos de mi papá, que se juntaron a hacer curanto (costillar de chancho + longanizas + pollo + papas + mariscos surtidos = indigestión).

Al comienzo pensaron cavar un hoyo en el suelo para hacerlo a la manera chilota. Pero al final les dio flojera: uno dijo que le dolía la espalda, al otro le dio lata, al tercero se le olvidó llevar la pala, y por eso pescaron una olla gigante (donde cabía hasta el Beltrán), echaron todas las cochinadas dentro, la taparon y la pusieron arriba de una fogata.

Y comenzaron a hablar, de nuevo, de cómo era la vida en el siglo pasado. Por ejemplo, de los álbumes que coleccionaban en su época, de los helados que comían ("¡había uno que se llamaba Vampiro!, ¿se acuerdan?") y de las canciones que bailaron en sus primeras fiestas.

...

Como History Channel. Pero más fome (aunque me los imaginé bailando... ¡ja!, ¡qué horror!).

Mi mamá –mientras tanto– seguía tejiendo y Beltrán continuaba paralelo.

–¿Mamá? –pregunté.

–¿Sí, Julito?

–¿No ves que Beltrán está celoso?

–¿De qué Julito?

–No de "qué", sino de "quién".

–Bueno, ¿de quién?

–De tu guagua.

–¿Por qué, mi amor? ¿Por qué cree que le quitará un espacio en nuestros corazones?

¡Uf!, al escuchar esa pregunta, tuve la respuesta clara de inmediato:

Penélope no entiende nada de nada. Aparte del punto del tejido.

Parece que mi mamá sabe más de flores y de plantas que de sicología animal (Beltrán = niño- almeja).

¿Cómo puedo hacerle entender que la energía nuclear está a punto de hacer estallar a esta familia?

De la manera más fácil.

–Mamá, sinceramente, creo que el Beltrán está megaceloso.

–¿Tú crees? Nooo.

Bueno, habrá que buscar alguna manera más difícil para que se entere, parece.

Desaparecido

A la mañana siguiente, los hechos me dieron la razón (parezco abogado hablando).

El frágil silencio matinal, con el ruido lejano de gaviotas (efecto dramático) y las olas golpeando los roqueríos (más drama), se vio roto por un potente grito.

–Beltraaaaán –dijo mi mamá.

Y luego otro.

–Beltraaaaán –dijo mi papá.

Y sólo se escuchaba el agua hirviendo en la cocina.

–Julito, ¿has visto a Beltrán?

–No.

–Ayúdanos a buscarlo, ¿quieres?

Y buscamos, buscamos y buscamos. En los

baúles, en los roperos, debajo de la cama (yo busqué en el wáter también, pero había otra cosa hedionda que no era mi hermanito. Hay que tirar la cadena, ¿ok?). Pero nada. No había nada. Hasta los juguetes favoritos de Beltrán, unos robots ninja, habían desaparecido.

¡Ajá!

La ausencia de esos bichos era la pista clave que necesitaba Julito Investigador, porque Beltrán nunca se mueve sin sus mascotas armables. Eso quería decir que su ausencia iba a ser...

Per-ma-nen-te.

O sea, que no pretendía volver a la familia Cabello. Era su forma de decir bye bye forever (o hasta la vista, baby).

Mientras mis papás comenzaban a llamar a todo el mundo (bomberos, policías, fósiles, etcétera), Julito Investigador fue a la búsqueda de nuevas pistas.

Les advertí a mis progenitores que iba a salir. Para ayudar. Y comencé a dirigir mis pasos al kiosco de diarios que estaba frente a la casa.

Allí Beltrán compraba (o pedía que le compraran) chicles y láminas.

A lo mejor allí había una pista.

El cíclope

El dueño del kiosco era un señor tuerto. O sea, medio vidente. Como un cíclope.

Momento cultural.

Durante el viaje de Ulises, de vuelta donde su tejedora esposa, se encontró con un gigante de un solo ojo: un cíclope. Y el gigante ese los tuvo prisioneros a Ulises y a sus soldados, hasta que –por abusador– lo dejaron ciego y salieron corriendo hacia el barco, porque aunque no podía ver, sí los podía pisar y dejar como alfombras humanas de estilo griego.

Fin de la cultura.

–Disculpe, señor ciclo... perdón, señor

kiosquero, ¿ha visto a mi hermano chico?

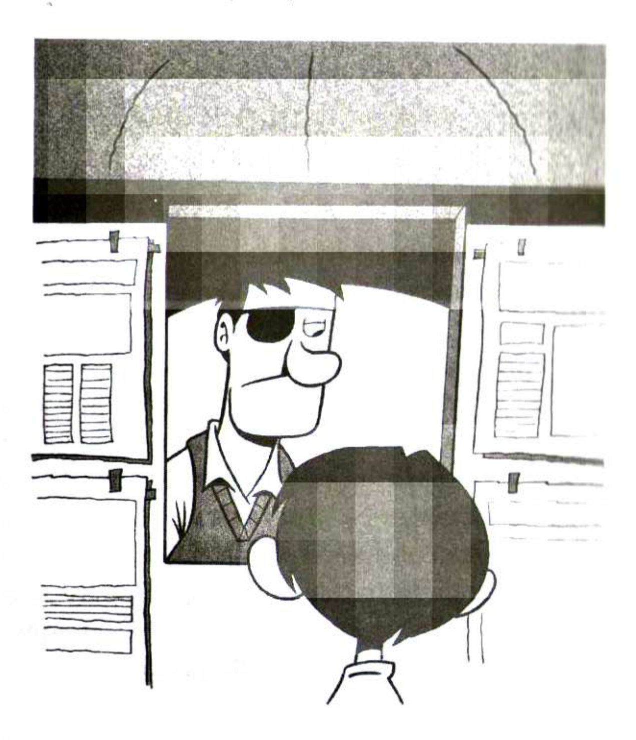
Entonces, el señor abrió su único ojo, se sacó lentamente unos audífonos y me miró.

–¿Que qué diario quieres, niño?

–Perdón, pero no me escuchó. ¿Ha visto a mi hermano chico, ese que se cree hámster?

–¿Hámster?

–Ese que cada vez que viene le pide siempre dos chicles de fruta, uno de menta, tres masticables de piña y un sobre de láminas.



–Ah, Beltrán. Hubieras empezado por allí. Creo que lo vi en la mañana paseando por el frente. Andaba con una bolsa colgando de un palo, como si se estuviera fugando de la casa. Creo que se fue en dirección hacia la playa chica, la sin olas.

Para ser tuerto, ve harto bien, ¿no?

Jaibas Transformers

Seguí en dirección a la playa chica. Allí estaba el segundo punto favorito de Beltrán, el del vendedor de palmeras (que eran secas como escupo de Tutankamón = metáfora histórica).

–Disculpe, señor Palmera.

–¿Cómo me dijiste?

-Disculpe, señor. ¿Ha visto a mi hermano chico?

–Y ¿cómo es tu hermano chico?

–Anda con una bolsa colgando de un palo, como si se fuera a arrancar de la casa.

–Ah, el Beltrán, creo que lo vi hace un rato. Iba hacia el puesto de pescado. ¿Están jugando a las escondidas? Si lo pillas, ¿ganas?

-parece que al señor Palmera le falla el coco, ¿no?

-Ah, sí, es un juego. Hasta luego, señor Palmera.

-¿Cómo me dijiste?

-Hasta luego, chaíto, bye.

Leso y sordo además. Vaya.

Entonces dirigí mis pasos hacia el puesto de pescado. Se llamaba "La macha loca" y era uno de los sitios favoritos del Beltrán. Es que le gustaba tocar los ojos de las reinetas y la lengua a los congrios.

¡Qué asco!

Otra vez que fuimos a la playa el Beltrán se llevó una macha y decía que era su mascota. Hasta que la escondió bajo la almohada y la encontramos por el olor. Fétido. Y Beltrán dijo: "Y eso que era una macha macho".

Se pasó.

Allí estaba el señor Reineta (me encanta ponerle nombres raros a la gente, ¿se nota?), sacándole las escamas a una ídem.

-Disculpe, señor.

-¿Estás buscando al Beltrán?

¡Plop!

-Eh, sí.

-Está ahí atrás, jugando con las jaibas. Cree que son transformers y que se van a convertir en robots o algo así.

-¿Y no lo muerden?

-Sí, pero cuando no están los papás, los niños no lloran.

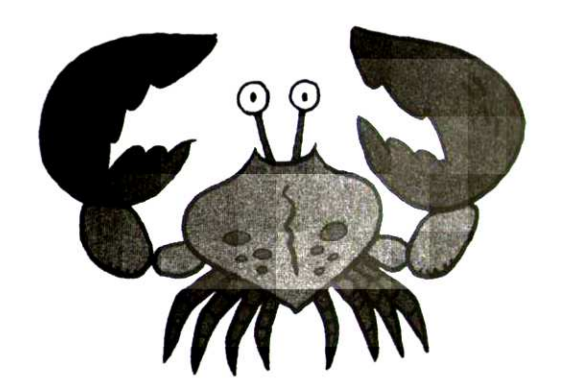
¡Oh! Un súper sicólogo que limpia pescado.

Así fue cómo, usando el método científico-deductivo-Cabello (marca registrada, no Acme), encontré a mi hermano y lo devolví a la casa.

Mis papás estaban tan, pero tan felices que hasta lo dejaron tener una jaiba de mascota.

¿Alguien les enseña sicología a los papás?

A lo mejor el pescadero podría...



La jaiba huacha

En los días siguientes, el Beltrán se escapó como un millón de veces (es metáfora y es exagerada, lo sé). Era cosa de mirar para otro lado un ratito, y el Beltrán se hacía humo altiro. Y a todas partes iba con su jaiba, que cada vez se movía menos y apestaba más.

¡Puf!

La primera vez terminó donde el vendedor de figuras de acción piratas (juguetes "alternativos", decía él, y algunos sólo traían las instrucciones en ruso y en chino mandarín). Y aprovechó de pedir unos cuantos robots más para su colección (patudo).

Luego, apareció donde el señor de las camas elásticas, saltando con su jaiba.

Después, después y después, desaparecía-aparecía, desaparecía-aparecía, y mis papás todavía no se daban cuenta de los celos oscuros y rencorosos que se incubaban en el pequeño corazón de Beltrán.

–Qué inquieto está nuestro hijo, ¿cierto? –decía mi mamá.

–Sí, pero qué bien se ubica en la playa; siempre llega donde algún amigo –agregaba mi papá.

What?

Seguramente, éste es el mismo tipo de conversación que se escucha en las centrales nucleares, antes de la explosión que convierte todo en polvo y puré:

Científico uno:

–Qué neutrón más simpático, ¿viste?

Científico dos:

–Sí, y mira a ese protón, siempre sabe cómo hacer fusión.

Y entonces a esas cosas amorositas les daba por chocar y todo explotaba. Aunque las cosas, en nuestra casa, en cambio, apestaban.

Ese mismo día enterramos a la jaiba.

Se llamaba Pepe.

El canto viejo

Antes de partir de vuelta al hogar Cabello, mi papá hizo su última junta de reliquias humanas (sus amigos, otra metáfora).

Allí estaban Precio, el hombre calle y los otros, comiéndose otro asado lleno de huesos y carnes y salchichas y chorizos. Y mucho pan para acompañar y una ensalada, nuevamente, hecha como para la foto nomás.

La batalla del colesterol es causa perdida.

Muy silenciosa, mi mamá seguía tejiendo, mientras los miraba masticar y reírse.

Era el fin de las vacaciones y ya había que volver.

Beltrán andaba por ahí, chupando un hueso. Se lo veía relativamente normal y sin ganas

de arrancarse de nuevo.

El sol se perdía en el horizonte y anunciaba con su muerte el nacimiento de la noche (metáfora cursi).

Esa noche, los amigos de mi papá se fueron temprano a sus cavernas. Pero antes se pusieron a cantar, porque uno de ellos había llevado guitarra.

Hay cuatro sílabas para definir eso:

HO-RRO-RO-SO.

Hasta las gaviotas se callaron (y creo que una se suicidó).

Fue la forma de despedir unas vacaciones en que mi papá se sintió "joven" de nuevo.

Hasta que llegó el nuevo día.

De vuelta, al fin

En esa mañana –que era la última de nuestras vacaciones–, por fin no había rastros de la fiesta de la noche anterior. Estaba tan limpio y ordenado que parecía mentira.

Es que era mentira, ¡ja!, porque estaba igual de cochino que las otras veces.

Se pasaron los amigos de mi papá, los reyes del choripán. Pero esta vez, como si fuera un castigo, mi papá fue el que limpió solito todo el desastre.

Algunas horas después, cuando estábamos cargando el auto, mi papá encontró un congrio entre las maletas.

–¿Qué hace esto aquí?

–Es Steve, papá –dijo Beltrán.

–¿Steve?

–Sí, papi, mi nueva mascota.

Y mientras una mosca hacía turismo sobre el ojo de Steve, mi papá exclamó:

–¡Mira, Beltrán, un elefante volador!

–¿Dónde, dónde?

Y en ese momento, Steve voló (sin alas) hacia su tumba, en medio de las rosas.

–Ya, Beltrán, anda a buscar tus juguetes –dijo mi papá–, rápido, que nos vamos.

–¿Y Steve?

–Fue al baño, ya vuelve.

Pobre mi hermano. Debe haberse preguntado cómo hacían pipí los congrios.

Engañado. Y por su propio papá.

Entonces, metimos las maletas que faltaban, los baldes y como diez kilos de arena de contrabando (en los zapatos, bolsillos, etcétera). Y partimos a nuestra casa.

No éramos los mismos que habíamos llegado a la playa. Éramos otros (y sin Steve).

Y además el alien había crecido. Mi mamá se había inflado y su guata se parecía a la de mi papá después de sus paleo-asados.

La cosa es que no habíamos descansado mucho durante las vacaciones. Qué raro, ¿no? Pero bueno: Penélope roncaba, el niño-almeja también, yo veía pasar las vacas por las ventanas y mi papá, como Ulises, nos llevaba de vuelta a su reino.

Era el fin de su odisea. ¿Eso creen?

Hogar, ¿dulce? hogar

"Hogar, dulce hogar", dicen.

¿Quién afirmó eso?

No lo sé, pero debe haber ganado mucha plata vendiendo la frase para que la pusieran en las alfombras de entrada de las casas.

El verano llegaba a su fin, con un montón de días muertos (metáfora: no hay días vivos, ni en estado de coma, etcétera).

Mi mamá seguía tejiendo (¡y en verano!), mientras mi papá ya estaba de compra-libros para el comienzo de clases en el colegio. Tuvo que comprar como diez kilos de lectura para mí. Y como cinco para Beltrán. Y los compases, reglas, gomas, lápices, todo multiplicado por dos. Sí, porque mi hermanito entraba al

colegio, lejos de su adorado jardincito y de sus tiitas.

¡Ja, ja, ja! Le tocaba finalmente el contacto directo con una dosis de dura realidad.

Después, mi mamá, igual que todos los años, nos llevó a probarnos uniformes.

Grrrrr.

Chalecos, y en verano, aparte de pantalones largos para que duren y zapatos gigantes para que la pata crezca feliz. Y corbatas... ¿para qué sirven las corbatas? (para jugar a Rambo y ponérselas en la cabeza, ¡ja!).

Ese día mi mamá llegó agotada a la casa. Casi andaba con la lengua afuera. Cosa extraña, porque mi mamá no se cansaba nunca, hasta ahora.

Y mientras tanto mi papá está intentando atinar con la casa, haciendo la compra del supermercado, cocinando (bistec con arroz y arroz con bistec, para que no empiece a hacer cosas raríficas, le pedimos) y limpiando, algo. Mientras, mi mamá está pegada a la tele (raro), viendo programas de mujeres que tienen guaguas.

En serio, existen esos programas. Y siempre el protagonista aparece al final.

Ni les digo cómo. ¡Ay!

Días zombis

Más días muertos (jugando en el compu con mi amigo Aarón), más días vivos (con el Beltrán fugándose de nuevo). Y mi papá volviendo a ser papá-adulto-responsable-fome, lejos de su festiva tribu veraniega.

Hasta que, finalmente, llegó la hora.

No de la guagua –ojo, porque faltan como seis meses–, sino del colegio.

Aaaaah, el colegio.

La verdad es que echaba de menos esos desayunos temprano, a la luz de las velas. También extrañaba el sonido de la bocina del transporte escolar. Y siendo sincero, casi no podía vivir sin mi sándwich de jamón y queso aplastado y deforme. Para qué hablar de mis

profesores, a los que adoro...

Cric.

El que creyó que todo esto es VERDAD, mejor que se cambie de libro.

Había que juntar miedo para saber qué nuevos compañeros y qué nuevo profesor de educación física había en el colegio. Y existía algo extra para Cabello Protector: la misión de defender a la sangre de su sangre (metáfora = Beltrán) de cualquier ataque matonesco.



Y eso lo supe cuando llegó el primer recreo.

Al comienzo, Beltrán andaba por el patio como si se hubiera bajado recién de las tacitas giratorias de Fantasilandia, viendo para todos lados. Luego calculó y en menos de medio minuto llegó al kiosco de Moncho. Un minuto después estaba comiéndose algo y dos minutos más tarde estaba hablando con unos compañeros de su curso. En seguida estaba organizando una pichanga. Y antes de que terminara el recreo, creo que Beltrán era quien tenía que cuidar de mí.

Me sentí meganerd.

¡Plop!

Días colegiales

Y allí estaba yo, lelo, descreyendo que iba a tener que proteger al pequeño hámster (humano) de su extinción, pero nada. El bicho aquel se protege bien solito, me quedó muy en claro.

Entonces, había que ponerse al día en el historial reciente de nuestro hábitat colegial.

–Hola, Moncho.

–Hola, Julito.

–¿Alguna cochinada nueva a la venta?

–No. Soy un clásico, tú sabes. Sólo papas fritas con finas grasas, bolitas de colores de sabores indefinibles y bebidas de fantasía color amarillo crepúsculo.

–Ah. Suena sano. Y en el colegio, ¿algo

digno de saberse?

–Tienes un profesor nuevo.

–¿El de educación física?

–No. Sigue el "Verdugo" Olivares. El que es nuevo es el de física. Dicen que le gustan los cuentos de vampiros y tocar la gaita.

–¿Y usa falda?

–Por lo menos nadie lo ha visto en público.

–Y ¿cómo se llama?

–Ambrosius Mora. De más que tuvo que aprender a tocar gaita con ese nombre. Pobrecito. Y seguro que le gusta tomar cosas raras, como aguamiel, y que le encanten esas leseras tipo druida con bailes vikingos.

–Suena interesante.

–No sé. Lo que es a mí, odio la gaita. Prefiero la armónica.

–Es que eres un verdadero clásico, Moncho.

–Eso, Julito, eso.

Más puesta al día

Luego de pasar por Cochinolandia (el kiosco de Moncho, ¡ja!), decidí darme una vuelta por la biblioteca.

¡Ja!, cayeron.

La verdad es que iba pasando por fuera, pero justo me vio Anita María y me hizo una seña para que entrara.

Brrrrr.

Brrrriblioteca.

–Hola, Anita.

–Hola, Julito. ¿Qué tal la vuelta a clases?

–Bien, tranquila, cero estrés.

–Qué bueno oírte eso. ¿Y has sabido de Andrea?

...

-Que si has sabido de Andrea...

...

Y justo en ese minuto Cabezas y Mardones, los freaks de la biblioteca, levantaron la mirada de sus libros, mirándome di-rec-ta-men-te.

-Eh, sí, nos hemos comunicado un poco -dije.

-Ah, ¡qué bueno! Ella siempre manda saludos por internet y a veces se comunica con Cabezas y Mardones para discutir algunos temas.

-¿Qué tipo de temas?

-No sé, cosas raras tipo nerd.

¿Anita? ¿Anita dijo eso?

-¿Cómo que "cosas tipo nerd", Anita? No se ofende a los clientes.

-Ah, si a Cabezas y Mardones no les importa. Además, aquí soy yo la reina de los nerds. Y ¿qué tiene de malo? Cuando llegue el calentamiento global, somos nosotros quienes salvaremos al mundo, ¿cierto, muchachos?

Y ahí Cabezas y Mardones se pararon, se pusieron una mano en el corazón y con la otra hicieron el saludo vulcano, ese de Star Trek.

Si hay algo más terrorífico que película de horror japonesa, es esto.

Me hice humo.

O me teletransporté, mejor.

Ya en la sala

Éramos los mismos. Allí estaban las trillizas Arrese, que se ríen como en capítulos, una después de la otra. Y allí estaba Sepúlveda, el patero del curso, y otros tantos más, hasta que justo entrando a la sala me encontré con Aarón, que ya sabía lo de la guagua.

-Interesante, hum -dijo.

Y nada más.

Hasta que apareció esa mancha rosada con forma femenina, Marilú, y ahí Aarón se puso de lo más comunicativo y conversador.

-Hola, Marilú, ¿cómo estás? Te había echado de menos. ¿Cómo te sientes en este primer día de clases? ¿Estás cómoda, necesitas algo, hum?

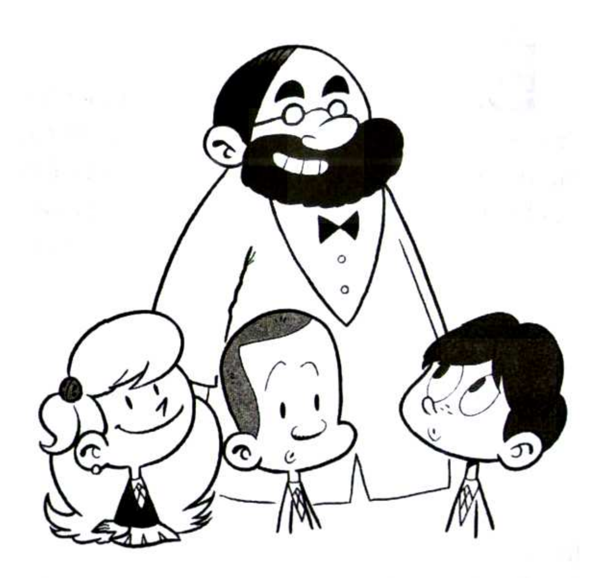
–Nada, Aarón, gracias. Eres muy galante.

¿Galante? ¿Como de los tiempos del Rey Arturo o lo que sea que suene a rancio, oxidado y con armadura?

Justo en ese minuto entró a clases un profesor que no conocía. Obviamente era Mora, Ambrosius Mora, aunque andaba con pantalones, ¡ja!

–A ver, niños. ¿Quién dijo esa fina palabra, "galante"?

–Yo, señor mister sir profesor Ambrosius (así es Marilú: el colmo de lo patera, saberse el nombre del profe que aún no conoce).



–Ah, muy bien, mi pequeña dama. Aprecio la riqueza de vocabulario en estos días. Y ¿quién es el galán?

En ese minuto, todos miraron en dirección al Aarón, que se puso color semáforo-disco-pare-salsa de tomate.

–¿Hum?

–Usted, señor, es un caballero. Eso ya no se ve. Lo felicito. Y para celebrar este acierto gentil en días oscuros, les regalaré un recital de gaita.

Y justo ahí nos dimos cuenta de que Ambrosius Mora andaba con una maleta, de donde sacó algo como un guatero gigante forrado en género escocés y con unos tubos de traqueotomía como de película de emergencia de hospitales.

Se hizo un silencio ab-so-lu-to.

Incluso nos sentamos en silencio.

Hasta que empezó el concierto, y nos costó quedarnos sentados y no salir arrancando.

¿Será eso como el llamado de amor del monstruo del Lago Ness? ¿O así son sus gritos de agonía?

Me quedo con la armónica de Moncho.

Secretos de familia

Esto fue en marzo. Saquen sus cálculos, sin calculadora, si pueden, ¡ja!

Mamá embarazada en enero. Mamá en la clínica nueve meses después. Entonces la ecuación es:

$$\frac{\text{Mamá}}{\text{enero}} + \text{guagua} = \text{parto en septiembre}$$

Fácil y bonito, me pasé, aunque en esos días yo igual estaba algo complejo. Hablando con mi amigo Aarón sobre el embarazo de mi mamá, en vez de expresar un solo "hum", dijo nueve "hum". ¿Debería traducirlo como que

me quedan siete meses? (porque hay que restar dos "hum", los de enero y febrero).

Después de sacar estos hum-cálculos me acordé del encuentro en la biblioteca y le mandé un mail a mi amiga-más-que-amiga Andrea a Argentina. ¿Y saben qué me dijo?

Esto:

Andrea: ¡Qué bueno! No hay nada mejor que un bebé, ¡son tan tiernos y bonitos!, ¡chiquitos y gorditos! y ¡huelen a jabón!

Eso me pasa por preguntarle a una mujer (no soy machista, soy realista). Puro le faltó mandar el mail con letras rosadas.

En cambio, cuando le pregunté a Beltrán sobre si quería que llegara luego su hermanito, me miró con cara de "dónde la viste", torció la boca, le salió un gruñido, dio la media vuelta y se fue.

¡Uf! Pero la verdad es que, dentro de todo, en estos días el tema ya no le parece TAN maldito a Beltrán. Y es que yo creo que, enfrentado a los desafíos de su nuevo hábitat escolar, dejó de sentir celos. O por lo menos, eso creo (o a lo mejor se le olvidaron un poquito y nada más). Porque dejó de fugarse y, además, ahora le gusta la Cata Guerra.

(OJO: ES SECRETO).

Y sólo habla de...

(CATA GUERRA, ES SECRETO).

Y se olvidó de su nuevo hermanito, porque ahora le importa más...

(CATA GUERRA, PERO ES SECRETO).

Y así, de improviso, los oscuros celos de mi hermano encontraron la forma de cambiar por otro sentimiento más luminoso.

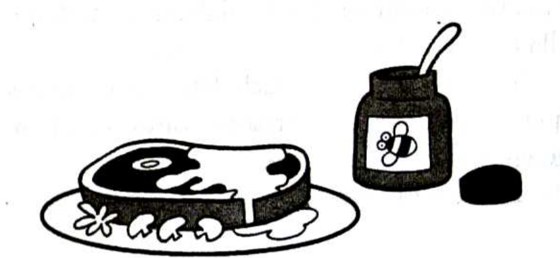
Y eso que es bien chico.

Aunque esta vez encontró a una niña más de su edad, porque en el jardín le gustaba su tía Patricia.

(ESO TAMBIÉN ES SECRETO).

El alien chupacalcio

Así fueron pasando estos largos días, semanas y meses de dulce espera (Andrea dice que son días tiernos, tipo cariñositos). Mi mamita se iba inflando como globo aerostático y cada día pedía cosas más raras para comer: atún con sandía (y no había sandía), papayas con salsa de soya, bistec con miel, espárragos con mermelada de durazno.



Mi papá tirita cada vez que a mi mamá le da un antojo. Es que yo creo que piensa en cómo sería la carta de un restaurante para embarazadas. De terror, creo, con cosas como pernil con helado de vainilla o ensalada de lechuga con chubis.

Aunque la verdad es que sólo queda preguntarse por qué es tan extraño el cuerpo humano.

Porque además, en medio de todas estas ganas locas de comer extraño, mi mamá chupaba limones como loca. Yo creía que se estaba transformando en una mamá-sour, pero no.

Después ella me explicó que el cuerpo pedía limones (algo así como: "Te ordeno chupar limones") para que el calcio de sus huesos no se fuera todo a la guagua.

O sea, mi mamá estaba siendo devorada y consumida internamente por ese alien.

¡Qué susto!

En medio de esta película de terror, mi papá seguía haciendo sus críticas de restaurantes. Pero como mi mamá andaba con náuseas, cada vez que mi papá le hablaba de su trabajo, ella corría al baño.

Y desde allí se escuchaban unos ruidos que, creo, deben haber sido como del alien-guagua pidiendo más limón.

Pobre mi mamita.

Los días pasan

En estos días, todo fue como una película antigua, de esas en que pasan y pasan las hojas de un calendario como si se las llevara un súper ventilador.

Un mes.

Un vómito.

Un mes.

Otro vómito.

Otro mes.

Pobre mi mamá. Creo que realmente no lo está pasando muy bién. Lo único que la distrae es preparar la pieza de la guagua, y como NO quiere saber de qué sexo es, lo tiene algo más difícil.

Porque casi todas las cosas de guagua son

celestes o rosadas y ella tiene que escoger colores que no sean ni femeninos ni masculinos.

–Mamá –dije para ayudarla con su indecisión colorística–, ¿y si pintas todo negro, tipo trash-metal-hardcore-punk?

¡Oh, oh!

Le cambió la cara.

Creo que me equivoqué.

–Grrr. Eh, mmm, mejor que no, Julito, pero gracias por la intención de ayudar. Aunque creo que si te hiciera caso, la pieza de tu hermanito(a) parecería el dormitorio del anticristo.

¿Anticristo?

Lo busqué en internet.

Les juro que no fue mi intención.

Ahora entiendo el enojo de mi mamita. A lo mejor creyó que me gustaría ver a la guagua con tatuajes y piercing.

¡Glup!

Perdón, perdón.

Y por lo mismo, y sin hacer caso de mi boba recomendación, ahora la pieza de mi futuro hermanito-hermanita parece un arcoíris, pero sin celeste ni rosado.

Parece un sobre de M&M.

Y más días pasan

Otro mes, comprar pañales.

Otro mes, llegó la cuna.

Otro mes, colgar los móviles.

Hasta los paleo-amigos del verano pasaron por la casa, pero para otra cosa: sacar a mi papá "a tomar aire", decían.

El problema es que mi papá se tomaba como seis horas de aire y volvía súper tarde.

¿Será eso lo que se llama "mala influencia"? ¿O será que el museo donde van a carretear queda muy lejos, ah?

Y así pasaron los aireados días, hasta que empezó la cuenta regresiva, a partir de la primera contracción.

¿Contracción? ¿Qué es eso? ¿Se come?

Noooo.

Mi mamá me explicó, muy didáctica, que es como si se hubiera comido una olla de porotos, pero multiplicado por cien.

Es como un crujido de guata tipo anticiclón. Mucho dolor ("pero sin olor", me dijo).

Lo extraño es que mientras más cerca esté la guagua de salir, los dolores van apareciendo cada hora, luego cada media hora, después cada quince minutos, y así hasta el despegue. Bueno, no, hasta la expulsión del bicho de nueve meses.

Entonces, desde la primera contracción, mis papás hicieron una maleta con las cosas de la guagua. Y mi papá tiene el reloj en el velador, con un lápiz y un papel para ir anotando cada contracción.

Ustedes se preguntarán: ¿y qué ha pasado con el niño-almeja?

La naturaleza es muy sabia, creo. Ahora está concentrado en aprender a leer. Así que hoy en día se mete a internet casi solo. O sea, tengo que prender el computador, dejarlo listo y él pone el nombre del sitio de sus juegos.

Y como ahora tiene un "amigo virtual" = computador, no pesca el tema de la guagua.

Mi mamá le preguntó el otro día:

–Beltrán, ¿quieres saber cómo será tu hermanito?

Y él le dijo:

–Ya. ¿Lo puedo ver en internet?

¡Oh!

Llegó el día, anoche

En esos días nos acompañó la hermana más vieja de nuestra nana, Cristobalina, que se vino del sur (desde la Cueva del Milodón) a cuidarnos.

Era por si mis papás tenían que irse al hospital a medianonoche.

La cosa es que un día cualquiera, efectivamente, despertamos y no estaban nuestros papás.

¿Nos habían abandonado? ¿Se los habían llevado los extraterrestres para experimentar con ellos?

¡No sean nerds! Estaban en el hospital y la Cristobalina nos estaba haciendo el desayuno.

–Cristobalina, ¿y los papás?

-Están en el hospital, niño Julito.
-¿Y el Beltrán?
-Está haciendo pipí.
-¿Y la guagua?
-Ya nació.
...

MOMENTO EMOTIVO
Un Cabello más en el universo conocido.

-¿Y qué fue, Cristobalina?
-Una guagua.
-Eso ya lo sé. Pero ¿niño o niña?
-Bah, no se me ocurrió preguntar.
¡Argh!
Entonces entró Beltrán a la cocina.



-Cristobalina, ¿nació la guagua?
-Sí, Beltrán.
-¿Y le van a poner Beltrán?
-¿Para qué si ya estás tú?
-Ah, verdad. Que le pongan Pokemón entonces.
¡¿?!

-Pero, Beltrán -dije yo-, ¿cómo le van a poner Pokemón?
-Es que como evolucionó, entonces yo creo que es un Pokemón.
Mucha tele pienso yo.
Entonces tomé el teléfono y llamé a mi papá.
-Aló, papá, ¿qué es?, ¿hermanito o hermanita?
-Es una guagua, Julito.
¡Argh, la indefinición!
¡Qué alguién me saque de aquí, plis!

La guagua unisex

Bueno, como se habrán dado cuenta, en nuestra familia había ahora una guagua.

Y mi papá me lo contó. Todo.

Suspenso.

¡Ja, ja, ja!

Sí, una guagua, pequeña y rosada. Con pañales y chupete y que dirá casi todo el día "agú, agú".

Sí, esa cosa pequeña que parece humana, con pies y manos, que se dedicará a pedir papa, a hacer caca y a dormir. Y a llorar.

Una guagua.

¿Quieren saber si es niña o niño?

¡Ja!

¡Ja!

¡Ja!

¡Ja!

Está bien. Se los diré. No soy tan cruel como parezco, aunque a veces me gusta jugar al torturador.

Tictac.

Tictac.

Es una guagua, ¿se los dije?

Tictac.

Tictac.

Ya. Ok. Se los diré:

Es una guagua.

No UN guagua, es UNA guagua. ¿Les quedó claro?

Una guagua.

Rosada.

Asunto cigüeña

Cristobalina nos dio el desayuno y vistió a Beltrán (a velocidad "auto en zona de escuela", o sea, leeento). Salimos y nos subimos a un taxi que nos llevó hasta el hospital. Y hacía frío. Y el día estaba muy nublado.

–¿Julito?

–Sí, Beltrán.

–¿Cómo llegó la cigüeña si hay tantas nubes?

Pobrecito.

–Es que tiene radar.

–Ah. ¿Y la guagua, cuando salió por debajo de la mamá, también usó radar?

¡Plop!

Este niño chico sabe demasiado.

-No, Beltrán. Yo creo que vio la luz al final del túnel y se dirigió hasta allí.

-¿Para que el doctor la pescara de las patas y le pegara tan-tan en el poto?

¡Plop! Dos.

-Eh, sí, creo que sí.

-Pobre guagua, ¿cierto?

-Eh, sí, pero eso es para que aprenda a respirar muy rápido.

-¿Y por qué el doctor no le dijo: "¡Respira, guagua!"?

-Es que la guagua no entiende castellano.

-Ah, habla sólo idioma guagua.

-Sí. Y el doctor, como es viejo, ya se olvidó de cómo decir "agú, agú, respira".

-Cierto, Julito. Gracias.

¡Plop, plop, plop!, y llegamos al hospital.

Siga la tos

Cuando entramos, fue demasiado fácil saber dónde estaban nuestros papás y nuestra nueva hermana.

Era cosa de seguir en la dirección de las toses de mi papá, que cuando se pone nervioso, no puede dejar de decir "cof".

"Cof" hacia la izquierda, "cof" hacia la derecha, dos "cof"-pisos hasta maternidad, y allí estábamos, en la puerta de la pieza de mi mamá.

¡Qué nervio!

No me acuerdo de cuando nació el Beltrán (GRACIAS A DIOS ME OLVIDÉ DE TODO ESO Y NO ME LO CUENTEN, LALALÁ, NO ESCUCHO, SOY DE PALO, TENGO

OREJAS DE PESCADO, LALALÁ), pero esta vez estaba muy nervioso.

No es que mis papás me dejaran de querer por la llegada de la guagua (bueno, un poquito, porque hay que repartir el cariño entre todos, ¿no?), pero esto es muy nuevo para mí. Y qué decir de Beltrán, que se enfrentará a su nueva némesis.

Toc, toc.

-Entrenf -dijo mi papá-, la puertaf estaf abiertaf, cof.

Abrimos la puerta, y la pieza parecía una cruza entre jardín en primavera y Fantasilandia. Millones de flores y millones de globos.

El Beltrán se quedó con la boca abierta. Y la Cristobalina también (y casi se le cayó la placa). Hasta que sentimos un ruido como de puerta cerrándose y sin aceitar.

Era ella.

Era la guagua. Era la guagua y estaba en su cuna.

Oh my God!

Julito sicólogo

Beltrán se acercó a la guagua, miró a mi mamá, miró a la guagua, miro a mi mamá, miró a la puerta y salió corriendo... por la puerta, obvio.



–Julitof, anda a buscar a tu hermanof, por favorf.

Y ahí salí yo, el súper hermano, a perseguir al pequeño Beltrán que andaba a velocidad warp cinco (si no saben qué significa esta metáfora, estudien, porros. Es física. Mentira, es de Star Trek).

Lo perseguí, lo perseguí, lo perseguí, doblar a la izquierda, virar a la derecha, hasta que entró en la cafetería del hospital.

Entonces se quedó paralelo en medio de las mesas y me empezó a dar miedo.

De nuevo parecía película de terror japonesa.

Beltrán estaba como congelado.

Yo creo que se quedó quieto por el olor a comida (horroroso), que es algo IMPORTANTE en nuestra genética (papá = crítico de restaurantes).

Entonces aproveché su estado de momia, lo pesqué del brazo, lo senté en una mesa, revisé cuántas monedas tenía en el bolsillo (muchas, de puros vueltos, ¡ja!) y pedí una bebida para mí y una leche para el Beltrán. Es que no era bueno que él consumiera glucosa, ya que estaba en crisis.

Entonces lo miré a los ojos, aunque él estaba mirando el techo. Le pesqué la cara y lo obligué a hacer contacto visual con su hermano (yo) y le dije:

–Debemos tener una conversación entre hombres, Beltrán.

El juego de la vida

Oh my God!

Ningún niño de mi edad está preparado para comportarse como grande.

Mi trabajo es estudiar, jugar, ser un poquito desobediente, pero no ser una persona madura.

Pero creo que las circunstancias me obligaban a ser el hombre correcto en el lugar correcto para salvar a esta familia nuclear de la explosión.

–Beltrán, ¿estás celoso?

–¿Qué es ser celoso, Julito?

–Que odies a la guagua.

–¿Por qué odiaría yo a la guagua?

–Porque crees que la mamá la va a querer

más a ella que a ti.

Silencio.

Máquina mental de Beltrán procesando información.

–Ehhh.

–¿Qué, Beltrán?

–¿Soy juguete, Julito?

–No, eres un niño.

–¿Mi mamá prefiere a otro juguete, al juguete-guagua?

...

Debo aplicar sicología.

–Beltrán, yo también soy juguete.

–¿Sí, Julito?

–Sí, soy el juguete más viejo, y después vienes tú.

–¿Y mi mamá no te botó cuando aparecí yo-juguete?

–Qué crees.

–Que no.

–¿Y tú botas los juguetes que quieres cuando llegan otros?

–Sólo los fomes.

–¿Y yo soy fome?

–Noooo.

–¿Y tú eres fome?

–Noooo.

–Entonces ahora que llegó el juguete-guagua, ¿crees que la mamá va a dejar al juguete-Julito y al juguete-Beltrán?

–Nooo, porque somos muy divertidos y

chistosos.

–Entiendes ahora.

–¿Entiendo qué?

–Que la mamá va a seguir jugando con nosotros.

–Es que no somos juguetes, Julito, porque no tenemos pilas.

¡Argh!

Frankenguagua

Después de este diálogo jueguístico, agarré a mi pequeño hermano y lo llevé de vuelta a la pieza, donde estaba llegando justo una caravana de dinosaurios como de película en 3-D, pero sin lentes especiales.

Y no eran sólo los amigos de mi papá. También había fósiles-hembra. Me sentí como en el Museo de Historia Natural, pero en el día de recreo.

Huesos, pellejos, ruidos tipo velocirráptor, pero felices, no de cacería.

Y allí estaba mi papá: "Cof, cof, cof, graciaf".

Porque todos estaban dejando regalos (ofrendas, en idioma antiguo), mientras veían

a la guagua, y decían que se parecía a mi papá (ellos) y a mi mamá (ellas).

¿Qué onda eso de buscar el parecido?

Las orejas de la tía.

La nariz del abuelo.

La boca de la mamá.

Los ojos del perro (perdón, me equivoqué; además no tenemos perro).

Es como si la guagua estuviera hecha de puros pedazos de parientes, cosidos y pasados por un cirujano plástico. ¡Qué horror! Por eso mi tía, que me pesca el cachete cada vez que me ve, dice: "Es igual al tío Primitivo".

Por suerte no me pusieron así.

Imagínense. Primitivo Cabello. Suena como a peluca de Cromagnon.

Me deprimí. Lo juro.

Y además piensan todos que la guagua es como un Frankenguagua hecho de pedazos. ¡Qué susto!

Nuevamente los viejos

Lo más raro de todo fue que algunos de los amigos viejos de mi papá llegaron con sus hijos. O sea, con los miniviejos. Pero no eran viejos chicos, sino niños bellos e inteligentes. Como yo.

En esta escena clarificadora y filosófica me di cuenta de que algún día dejaré el protegido patio de la infancia, abriré la puerta de la madurez y me convertiré en adulto (viejo). Que mis preocupaciones infantiles me dejarán y que deberé acostumbrarme a tener guata y a ser pelado. Y al colesterol.

Me estoy deprimiendo.

Pero ojo que me falta, me falta mucho. Por suerte, la infancia es una enfermedad que se

quita con los años, pero con muchos años, hartos años. No es que quiera ser niño para siempre, como Peter Pan, ni vestirme como si fuera una lechuga voladora que cacarea, ni ser amigo de una enana gruñona con alas, ni vivir en el mundo de Todos Estamos Locos y Nada Es de Verdad (o País de Nunca Jamás, que podría llamarse País de Puede Ser Tal Vez o País de Cuidado *con el Cocodrilo que suena como* Reloj, o lo que sea).

Yo veía a mi papá y a sus amigos y luego miraba a sus hijos y después me veía a mí, y pensé que algún día, cuando esté conectado a un montón de tubos en el hospital y esté arrugado como pasa, con como chorrocientos años, porque en el futuro todos viviremos aunque no queramos vivir (para que los doctores puedan jugar más golf gracias a nuestra plata de viejos inmortales), me acordaré de este instante tan poético-patético y ya me agoté.

Tengo hambre. Debe ser eso.

Casa nuclear

Y pasaron todos a la adoración de la guagua: guatón Precio, hombre calle, etcétera.

Finalmente, después de un par de días de pura historia natural, volvimos al hogar. Al silencio del hogar. Al refugio del hogar. A algo parecido a la rutina de una familia nuclear.

Sin viejos.

Sólo nosotros (y Cristobalina, bueno).

Y la guagua.

¿Qué significó esto?

Para mis papás, muchas noches sin dormir, porque la guagua es como after hour. O sea, se despierta cuando tiene hambre y no le importa si el resto del mundo conocido está... DURMIENDO.

Entonces, mi papá tiene unas ojeras gigantes y mi mamá igual. Y además, anda de un genio algo difícil. Esto quiere decir: que se enoja por todo. Y eso que ellos querían tener una guagua, aunque debe haber sido igual conmigo.

¡Qué comprensivo que soy!, ¿no?

Aunque ahora -después de todo el proceso de mi crianza- soy un niño bello y simpático. Pero bueno, había que sacrificarse un poco para tener a alguien como yo en la familia, ¿no?

Pero es un esfuerzo (y mucho café), ténganlo claro.

Y la cosa es que mi familia nuclear está más nuclear que nunca.

Mi papá es energía negativa (por el sueño).

Mi mamá es energía positiva (por la guagua).

Y el Beltrán y yo somos unos protones y neutrones guachos por ahí.

Huele a peligro (y no es la jaiba).

Pensamientos ecológicos

Toda esta novedosa y apocalíptica situación hogareña me ha hecho pensar mucho.

Primero: ¿por qué los papás quieren traer niños a un mundo que se está calentando globalmente?

Segundo: es verdad que hace más calor, ¿cierto?

Tercero: me agoté de pensar y además me dio sed.

¿Será esto algo como "el ciclo de la vida"? ¿Será que los más viejos tienen que dejar a alguien más joven para hacer lo que vendrá? ¿Tendrá la guagua que ir a los restaurantes que mi papá no ha criticado? ¿Será esto como que mi papá es el rey león y la guagua una princesa

leona?

Y el Beltrán y yo, ¿qué tenemos que hacer entonces? Y ¿por qué me hago tantas preguntas?

Estoy lleno de preguntas, ¿cierto?

Como ¿por qué la caca de guagua es tan hedionda?, ¿por qué toma sólo leche de mi mamá?, ¿no le gustan las hamburguesas? (ya sé: no tiene dientes todavía, no soy tan nerd).

Y hay más: ¿quién está tocando el timbre?, ¿abriré la puerta?, ¿son el Aarón y la Marilú los que están en la entrada?, ¿los dejo pasar?

–Julito, hum, hola.

–Hola, Julito (en tono rosado). ¿Podemos ver a tu hermanita?

–Eh, sí, por supuesto. Vengan.

Y los llevé a ambos, que iban tomados de la mano (¿pololos?, ¿tan rápido?, no me lo creo, y todo por eso de ser "galante"), hasta la pieza de la guagua, que estaba durmiendo.

Entramos en silencio y les juro, la verdad, que se veía bonita.

Yo creo que porque estaba calladita, ¡ja!

El tema del nombre

Entonces, Marilú, la niña rosada, abrió la boca.

–¿Cómo se llama, Julito?

–Eh, guagua.

–¿Cómo?, ¿sólo guagua?

–Eh, guagua Cabello.

–¿Todavía no tiene nombre?

–Eh, mejor vamos a la cocina, donde están mis papás.

¡Qué vergüenza! Mi pequeña hermanita (lo dije, y qué) no tiene nombre.

Bajamos y pregunté:

–Mamá, papá, ¿cómo se llama la guagua?

–Némesis –dijo el Beltrán.

–¡Nooo! –exclamó mi mamá–, qué nom-

bre más raro. ¿Eso es como el enemigo de un superhéroe, no?

–Es la enemiga de Súper Beltrán –dijo mi traumado hermano chico.

–Beltrán, tú eres mi súper hijo pequeño. Siempre serás mi súper hijo. Y no hay kriptonita que pueda vencerte. Menos una guagua como tu hermana.

Silencio.

Creo que mi mamá le achuntó medio a medio. ¿Qué adulto le habla de kriptonita a un niño?

Ella es súper. Súper sicóloga, creo.

–Ya, mamá. No es Némesis, es guagua nomás. Pero tonces (todavía dice "tonces"), ¿cómo se llama la guagua?

Esa era la pregunta que tenían que responder ellos de una buena vez.

Y mis papás se miraron a los ojos, después nos miraron a nosotros (yo, Beltrán, Aarón y Marilú), y lo dijeron:

–Se llama...

Sencillito

... Se llama.

–Oye, Julito, se me había olvidado decirte algo –dijo Aarón.

... se llama.

–Y es que el profe Ambrosius amenazó con venir a darle un concierto de gaita a la guagua...

... se llama.

–Pero por suerte se le atoró un tubo del instrumento y no va a poder...

... se llama.

–Y parece que encontraron unos suflitos del Moncho dentro del tubo de la gaita...

Y finalmente, se llama...

–Lo hemos pensado con tú papá, y hemos

pensado que el mejor nombre es María.

¿María?

Sencillito.

–¿María Némesis, mamá?

–No, Beltrán. Sólo María.

–Ah.

Y ahí quedamos. Una familia nuclear con una nueva boca que alimentar (pobre papá) que se llama María. Fácil y bonito.

María. Me gusta ese nombre. Hay una canción de Café Tacuba que se llama así, María.

Y ahí estaba yo, pensando en María, cuando sonó el teléfono.

En mi casa, cuando suena el teléfono, Beltrán sale siempre corriendo a contestarlo. Pero esta vez estaba mirando el techo y diciendo: "Ah, María. No Némesis, es María".

Entonces aprovechando que el niño-hámster (ex niño-almeja) estaba en pausa, agarré yo el teléfono:

–Aló.

–¿Julito?

Oh, oh.

Me quedé idiota.

Se me fue el habla.

Me tembló el piso.

Se me paró el corazón.

Me acordé de donde había dejado un chicle masticado.

Sentí algo eléctrico.

Y algo atómico.

Era ella.

Era Andrea al teléfono.

Violines (ya, no me molesten).

La familia nuclear

¿ALÓ, ALÓ?

–Julito, ¿eres tú?

–Andrea, ¿eres tú?

–Y qué creés.

–Que sos vos.

–Entonces, ¿por qué no me abres la puerta?

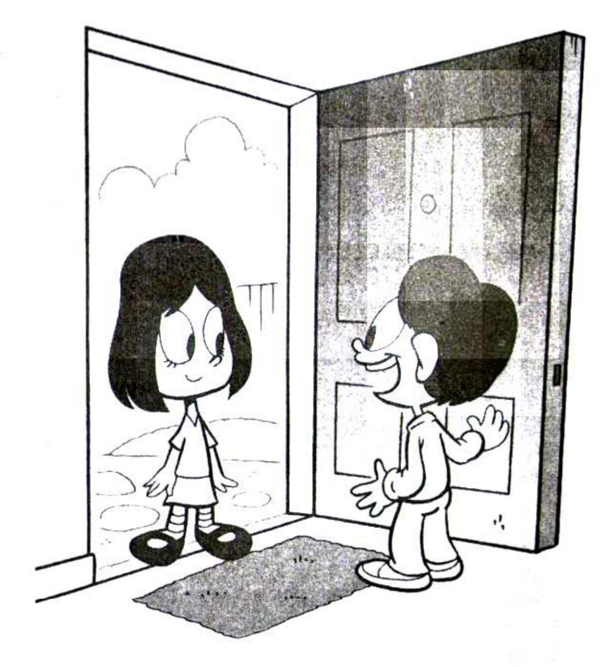
–¿Estás afuera?

–Brillante, Julito.

–¿Cuándo llegaste?

–Ayer, pero ábreme, que quiero conocer a la nena.

Les juro que fui como en cámara lenta a abrir la puerta, aunque creo que fui a mil kilómetros por hora (metáfora, me habría muerto a esa velocidad).



Abrí la puerta. Y allí estaba ella. Andrea.

-Hola, tú.

-Hola, yo. Perdón, hola, tú.

-¿Me vas a invitar a pasar?

-Sí, por supuesto, entra.

Le di un beso en la mejilla (soy niño, ojo) y fuimos a la cocina, donde estaban todos (menos la guagua).

-Hola, Andrea. ¿Cómo estás? -dijo mi mamá.

-Bien. ¿Y la nena?

-Arriba. ¿Vamos a verla?

-Sí, por favor.

Cuando íbamos todos en caravana hacia el segundo piso (papás, Aarón y Marilú, Beltrán, Andrea y yo) me sentía realmente extraño.

Raro, raro.

Y no es que me hubiera olvidado de María, la guagua, sino que no esperaba que Andrea llegara así, de improviso.

De pronto lo entendí todo.

A ver, no todo.

Igual me imagino que alguna vez, tal vez, quién sabe, nos podríamos dar un beso con Andrea y me parece raro.

¿No les pasa cuando ven a los adultos que se besan?

¡Aj! Intercambio de saliva. Aj de nuevo. Pero igual. Algo así me pasaba (sin beso y en seco).

Y cuando íbamos subiendo la escalera, algo subía también en mi estómago. Algo extraño. Una sensación de querer que Andrea se quedara para siempre y que no volviera a Argentina.

Pero eso se enfrió un poco cuando llegamos a la pieza. Mi mamá tomó a María (que ya no es "la guagua") y la miró con una cara luminosa que le gana a cualquier explosión nuclear. Mi papá también estaba radiactivo. Y les podría jurar que si le ponen un contador Geiger (esos para medir la radiación, nerds) al

Beltrán, también iba marcar el máximo.

Es cierto: una familia nuclear puede explotar. Pero eso pasa cuando las energías chocan.

En este caso, en la familia Cabello, no era así.

FIN